

CITA ^{EN} HONG-KONG

EDICION PARA ADULTOS

VERSION COMPLETA

A vintage movie poster for the film 'Cita en Hong-Kong'. The top section has a yellow background with the title 'CITA EN HONG-KONG' in large, bold letters. 'CITA' is green, 'EN' is small and black, and 'HONG-KONG' is red. Below the title, on the left, is the text 'EDICION PARA ADULTOS' and on the right is 'VERSION COMPLETA'. The central image shows a man and a woman on a ship. The man, on the left, has a mustache and is wearing a white t-shirt and light-colored pants, smiling and holding a thick rope. The woman, on the right, has voluminous, wavy brown hair and is wearing a dark, patterned dress with a sheer, light-colored shawl draped over her shoulders. She is looking off to the side with a serious expression. In the bottom left corner of the image, the text '6 ptas.' is printed. The bottom of the poster features a solid blue band with the white text 'FOTOFILM DE BOLSILLO N.º 13'.

6
ptas.

FOTOFILM DE BOLSILLO N.º 13

HISPANO FOXFILM S. A. E.



**CLARK
GABLE**
**SUSAN
HAYWARD**

**CITA EN
HONG KONG**
MICHAEL RENNIE
CINEMASCOPE TECHNICOLOR DE LUXE
DIRECTOR: EDWARD DMYTRYK

20

COLECCION MANDOLINA

BILBAO - MADRID

Derechos artísticos y literarios reservados

Depósito legal - BI 283 - 1959

Impreso en el año 1959 en los TALL. GRAFICOS PHER
Calle Villabaso, BILBAO (España)

HISPANO FOXFILM S. A. E.



CITA EN HONG KONG



REPARTO:

Hank Lee	CLARK GABLE
Jane Hoyt	SUSAN HAYWARD
Inspector Merryweather	MICHAEL RENNIE
Louis Hoyt	GENE BARRY
René	ALEX D'ARCY
Tweddie	TOM TULLY
Mme. Dupree	ANNA STEN
Icky	RUSSELL COLLINS
Big Matt	LEO GORDON
Poilin	RICHARD LOO
Daklai	SOO YOUNG
Ying Fai	FRANK TANG
Austin Stoker	JACK KRUSCHEN
Rocha	MEL WELLES
Mayor Leith Phipps	JACK RAINE
Luon	NOEL TOY
Billy Lee	DANNY CHANG

FICHA TECNICA

Director	EDWARD DMYTRYK
Productor	Buddy Adler
Ayudante del director	Hal Herman
Guión cinematográfico de	Ernest Gann
Basado en la novela «Soldier of Fortune» de	Ernest Gann
Jefe operador	Leo Tower, ASC
Dirección artística	Lyle Wheeler y Jack Martin Smith
Música de	Hugo Friedhofer
Director de orquesta	Lionel Newman
Supervisión vocal	Ken Darby
Instrumentación	Edward B. Powell
Decorados	Walter M. Scott y Stuart A. Reiss
Montaje	Dorothy Spencer, ACE
Asesor de colores	Leonard Doss
Vestuario	Charles Le Maire
Maquillaje	Ben Nye
Efectos fotográficos especiales	Ray Kellogg
Sonido	Eugene Grossman y Harry M. Leonard
Lentes de CinemaScope	Bausch & Lomb
Una película	20th Century-Fox

... JANE HOYT ...

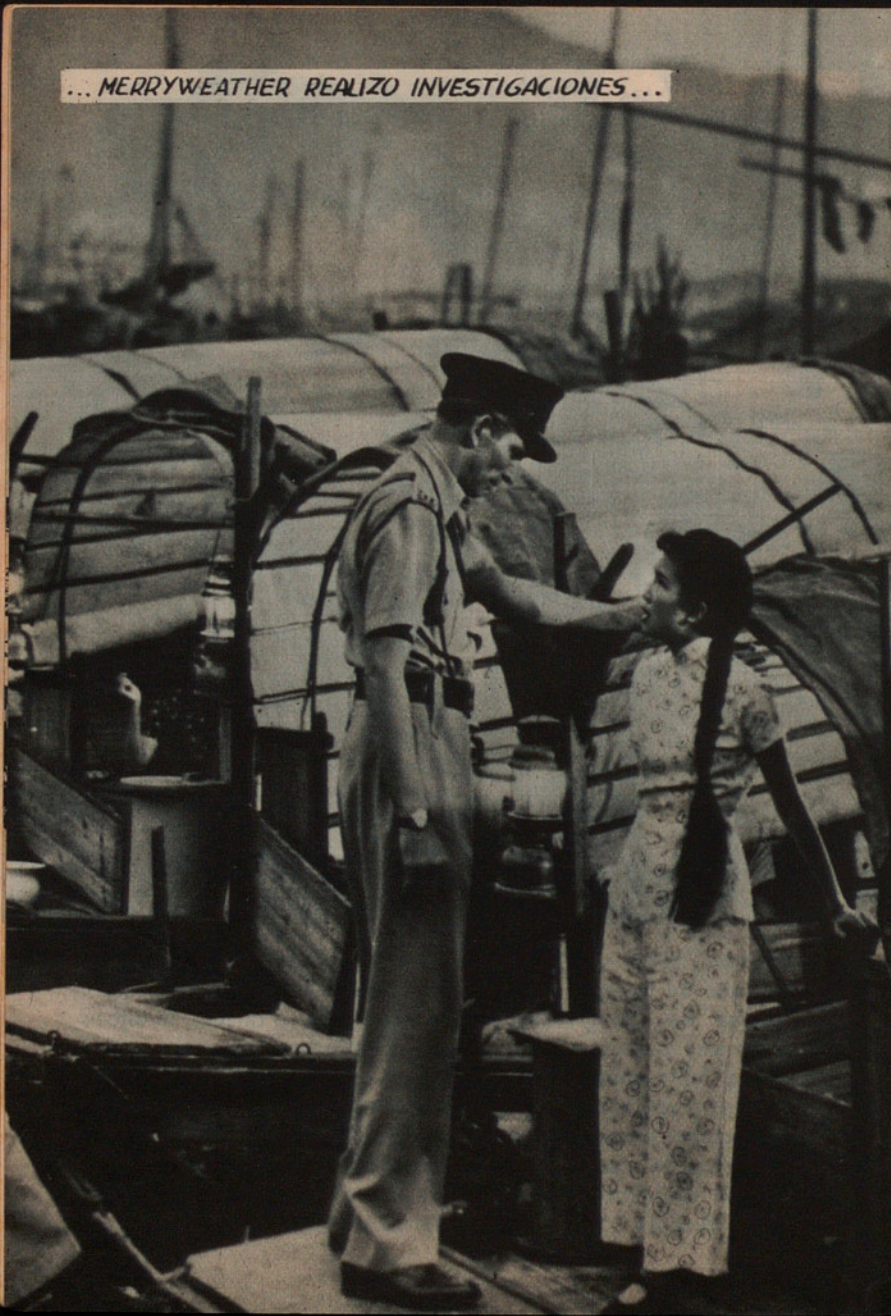


El enorme navío de pasajeros acababa de fondear ante los muelles de Hong-Kong. En una de sus cubiertas, una mujer, una bella mujer sola, contempló con semblante trista la costa china. Un sujeto de gafas y barba de varios días se le acercó sonriente. Había intentado durante el viaje

hacer amistad con ella, aunque inútilmente. Al tiempo que le entregaba su tarjeta, le dijo:

—Hong-Kong es, como cualquier otra ciudad, inhóspita si no se tienen conocidos.

Resueltamente, ella arrojó al agua la tarjeta que le ofrecía. En aquel momento, se presentó un joven.



—¿La señora Hoyt? —preguntó—. Soy Frank Stewart, del Consulado de Estados Unidos.

—Gracias por venir a esperarme —agradeció Jane Hoyt, pues ese era el nombre de la dama.

—Era mi deber, después del revuelo que ha armado en la prensa.

En la gasolinera que los conducía al muelle, Jane preguntó con cierta angustia:

—¿Ha habido alguna novedad?

—Lo siento, —confesó Frank—. Debe darse cuenta de que no es mucho lo que podemos hacer. Esto es una colonia de Inglaterra. Dependemos de los ingleses para todo. Mañana verá al inspector que descubrió las cámaras fotográficas de su marido. El inspector Merryweather es un buen muchacho. Los ingleses han hecho averiguaciones, se han movilizado, pero están reacios a prestar ayuda a un extranjero que entró en China sin tener siquiera un visado.

—Pero yo debo encontrar a mi marido a toda costa —afirmó Jane, cerrando firmemente la boca.

Acabamos de conocer el motivo de que aquella mujer de rostro inteligente y nariz respingona se haya atrevido a

ir hasta aquel confín del mundo que es Hong-Kong: quiere hallar el paradero de su esposo, al que los chinos comunistas tienen prisionero.

A la mañana siguiente, se entrevistó con el inspector Merryweather, de la Policía Marítima Británica.

—Inspector, no ignora usted por qué estoy aquí —dijo Jane Hoyt.

—Lo sé —confesó Merryweather—. Y lamento mucho lo de su marido. Debería haber hablado con nosotros antes de pasar a China. Es muy probable que le hubiéramos disuadido.

—No veo nada malo en tomar unas fotos que reflejen la vida de China —expuso Jane.

El Inspector Merryweather la invitó a sentarse y luego dijo:

—Desearía hacerle comprender la inutilidad de una campaña, sin ayuda, contra toda una nación. Las investigaciones de mi Gobierno para averiguar el paradero de su esposo han merecido el silencio.

—Pero habrá algún medio de comprar informes...

Jane procuraba conservar su serenidad. El Inspector la miró durante unos minutos.

—Señora Hoyt —dijo—,

nada tengo que ver con este caso. Mi única intervención fué debida a que casualmente encontré las cámaras fotográficas de su esposo en el junco con el que atravesó nuestras líneas.

Jane abrió los ojos, esperanzada.

—¿Y no podríamos dar con el paradero del capitán de ese junco?

—Lo intentamos —aseguró Merryweather—, aunque inútilmente. Y, en el caso de encontrarle, no habría confesado la verdad. Y, lo que es peor, muchos capitanes de juncos están con Hank Lee...

—¿Quién es Hank Lee?

—preguntó Jane, interesada.

El inspector hizo una mueca de disgusto.

—El descrédito de su patria —informó a Jane.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hace?

—Extraoficialmente le diré que ese Hank Lee es un ganseter. El contrabando es uno de sus menores delitos. Es capaz de todo por ganar un dólar. Y lo gana. Y, por si fuera poco, es tan listo que jamás hemos podido probarle nada.

—¿Cómo es posible que todo eso pueda hacer en territorio inglés? —inquirió Jane, extrañada.

—Sólo son inglesas unas cuantas millas de tierra —dijo Merryweather—. Pero todas las aguas de alrededor son de China. Allí puede actuar a su antojo. Pero dentro de Hong-Kong es muy correcto.

Hubo una pausa, durante la cual Jane Hoyt consideró que ese Hank Lee acaso constituyese el único punto por el que comenzar las investigaciones. Conocería a todo el mundo; estaría enterado de muchas cosas... De cualquier modo, debía empezar por algún lado, probar todos los caminos.

—¿Puede presentarme a él?

—preguntó.

El inspector sonrió.

—Por mi cargo, quizá le perjudicaría que yo lo hiciera. No le agradan los policías.

Merryweather se compadeció de aquella mujer que se enfrentaba a todo un país para hallar a su marido. Era un deber de conciencia ayudarla...

—Anoche estuve con la chica de un sampan —declaró—. Me enseñó unas fotos cuyas muy recientes y muy bien hechas. Quizá fueran obra de su marido. Iré a hablar con ella.

—Gracias, inspector.

Merryweather dudó un momento y en seguida agregó:

—Puede usted realizar al-

... JANE LLEGO AL HOTEL ...





... TODOS LA MIRARON...



guna investigación en un local llamado Tweedie. Abre solo de noche. Su marido lo visitaba con frecuencia.

Jane se alojaba en el Hotel Península. La noche anterior, su entrada en él había causado

sensación. La presencia en Hong-Kong de una mujer hermosa y sin compañía era verdaderamente sorprendente. René, uno de los que allí se encontraban, ordenó al camarero chino que hiciese averi-

guaciones acerca de la recién llegada forastera...

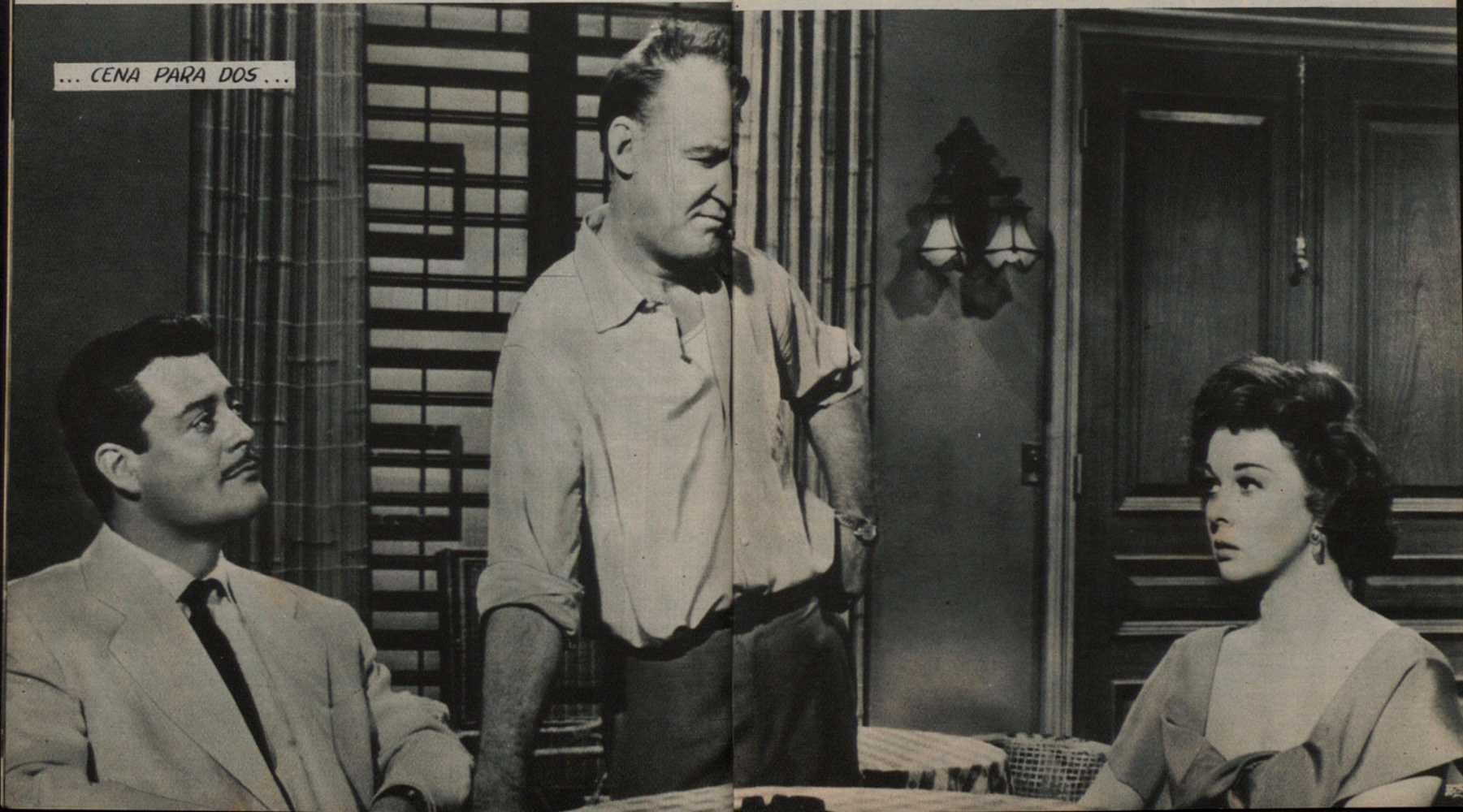
Aquella misma noche, Jane acudió al Tweedie, equívoco bar del puerto, punto de cita de las gentes de mal vivir de Hong-Kong. Se sentó a una

mesa y esperó... no sabía qué. Pero confiaba en que un golpe de suerte le pusiera sobre una buena pista.

Tweedie, el dueño del establecimiento, se acercó a ella.

—No cree que este no es

... CENA PARA DOS ...



... SALIO DEL HOTEL...

un lugar para usted? —le preguntó, con bastante acritud.

—No, señor, no lo creo —le respondió Jane

Tweedie se irritó.

—¡Lárguese! —le ordenó, tomándola por una mujer de las que frecuentaban su local—. No quiero que vengan solas.

En aquel momento intervino René, un francés vividor y pendenciero, que desde la llegada de Jane al Hotel trataba de entablar conversación con ella. La siguió hasta allí. Se había dado cuenta de lo que pasaba y se dispuso, entusiasmado, a ayudar a aquella hermosa mujer.

—Hola —saludó, jovialmente—. Perdone mi retraso. Supongo que no habrá esperado mucho.

Se volvió al sorprendido Tweedie y agregó:

—Cena para dos.

Se había sentado frente a Jane y ahora sonreía abiertamente.

—Bueno —dijo ella—, desconocido señor, no se si deberé darle las gracias.

—Me llamo René Dupont Chevalerie —se presentó su compañero de mesa—. Y voy a decirle una cosa: Una chica como usted no debe venir sola a Hong-Kong, si ello no es muy necesario.

—Busco a mi marido. que está preso en algún lugar de China —dijo Jane—. Se llama Hoyt. Era fotógrafo.

René bebió un trago y declaró:

—Lo conozco. Estuvimos hablando con un muchacho llamado Fernando Rocha.

Siguió bebiendo vaso tras vaso, de un modo que demostraba bien a las claras que constituía un hábito en él. Jane preguntó:

—¿Puede decirme donde vive Rocha?

—No lo se... no lo se —murmuró René, a punto de quedar dormido a causa de sus libaciones—. Estoy hablando demasiado.

Poco después, caía en un sueño profundo. Al advertirlo, Tweedie llamó a dos hombres y les ordenó:

—Llévadle al sitio de costumbre y que duerma la borrachera.

René, inconsciente, fué llevado en volandas a un cuarto interior. Tweedie se volvió a Jane.

—¡Váyase! —le repitió, sin contemplaciones.

—¿Conoció a Luis Hoyt? —le preguntó Jane, haciendo caso omiso de sus modales.

—¿Hoyt? —murmuró Tweedie, arrugando la frente—. ¿Uno que recitaba poesías y



... MIRO LA MANSION DE HANK LEE ...

sonreía siempre como si tuviera un secreto que no podía confiar? Sí, le he conocido. A veces, me resultaba un enigma.

Miró fijamente a Jane y concluyó secamente:

—Ha muerto.

—No es posible —exclamó Jane, convencida de ello—. Se equivoca.

—Yo no suelo equivocarme —aseguró Tweedie—. ¿Le busca usted por algún motivo particular?

—Es mi marido —declaró Jane.

—Oh, que pena... —dijo el hombre, incrédulo.

—¿Cómo sabe que ha muerto mi marido?

Tweedie mostró impaciencia. Aquella mujer preguntaba demasiado.

—Si yo le facilitara más detalles —dijo—, no volvería a saber nada... y no puedo arriesgarme a eso. Y, ahora, váyase.

La empujo hacia la puerta. Jane aún preguntó:

—¿Sabe dónde puedo encontrar a un hombre llamado Rocha?

—¡No! ¡Márchese!

Jane así lo hizo, desalentada se fué al hotel. A la mañana siguiente en sus investigaciones se había enterado también de que una tal Maxine Chan podría facilitarle



...¿ TIENE MUCHOS HIJOS...

... UNO DE ELLOS ERA RENE ...



informes. Era una anticuaria y a su comercio se dirigió. En cuanto la vió, Maxine la reconoció.

—¡Usted es la esposa de Luis Hoyt! —exclamó—. Me enseñó su fotografía y estaba usted muy guapa.

—¿Conoce su salida de

Hong-Kong? —preguntó Jane.

—No, y me sorprende.

—Hace tres meses que intento dar con su paradero. ¿Puede usted ayudarme?

Maxine vaciló.

—¿Cree que un hombre llamado Rocha me informaría? —insistió Jane.



—Tal vez —admitió la china—. Iban juntos muy a menudo.

—¿Dónde está ese hombre?

—No lo sé. Suele trabajar con Hank Lee.

«Otra vez ese hombre», pensó Jane. Y preguntó:

—¿Conoce a Hank Lee?

—Claro. Es la mejor persona del mundo —aseguró riéndose Maxine.

—¿Cómo podría hablarle? No soy más que... una mujer desconocida.

—También yo le era desconocida. Y me prestó el dinero para montar esta tienda.

Voy a llamarle por teléfono.

Consiguió concertar una entrevista entre él y Jane. Muy inquieta y preocupada, después de agradecer a Maxine su favor, Jane, por la tarde, en

el coche del mismo Hank que fué a recogerla al hotel, se presentó en la mansión del contradictorio personaje.

Le salieron al encuentro dos chiquillos: Billy y Lucy. Cuan-

do apareció el propio Hank, Jane le preguntó:

—¿Tiene muchos hijos, señor Lee?

—Tres. El mayor está interno en Estados Unidos.

—No me había imaginado que estuviera casado.

—No lo estoy... ni lo estuve —declaró él—. ¿Quiere tomar una copa?

Se sentaron, Hank llenó dos





copas y en seguida preguntó:

—¿Le gustaría oír Chicago?

—¿Chicago? —se extrañó Jane.

—A veces, me siento aquí solo y escuchó su tráfico. Este

disco ha sido grabado para mí.

Puso uno en el tocadiscos y empezaron a oírse los ruidos naturales de la calle principal de una urbe moderna y superpoblada. Hank lo escuchó con

... ¿ESTA TODO CLARO?...



añoranza.

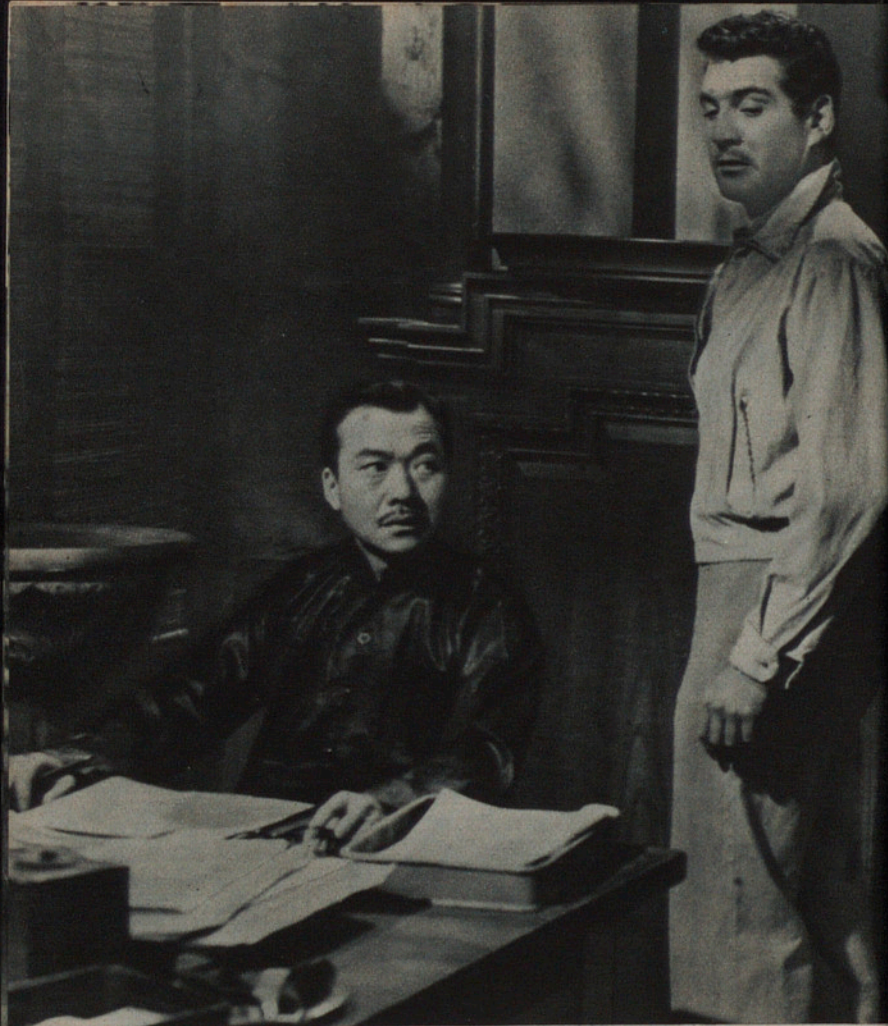
—¿Debo entender que es usted de Chicago? —preguntó Jane.

—Algún día lo fui. Ahora creo que soy de aquí.

Miró a la mujer que tenía delante y agregó:

—Maxine me ha dicho lo de su marido.

—Confío en que pueda ayudarme —dijo Jane, esperan-



zada.

—Cabe en lo posible —murmuró Hank, retrepándose en su asiento—. Mi ocupación preferida es servir a Hank Lee. Jane sonrió.

... PRISIONERO DE LOS CHINOS...

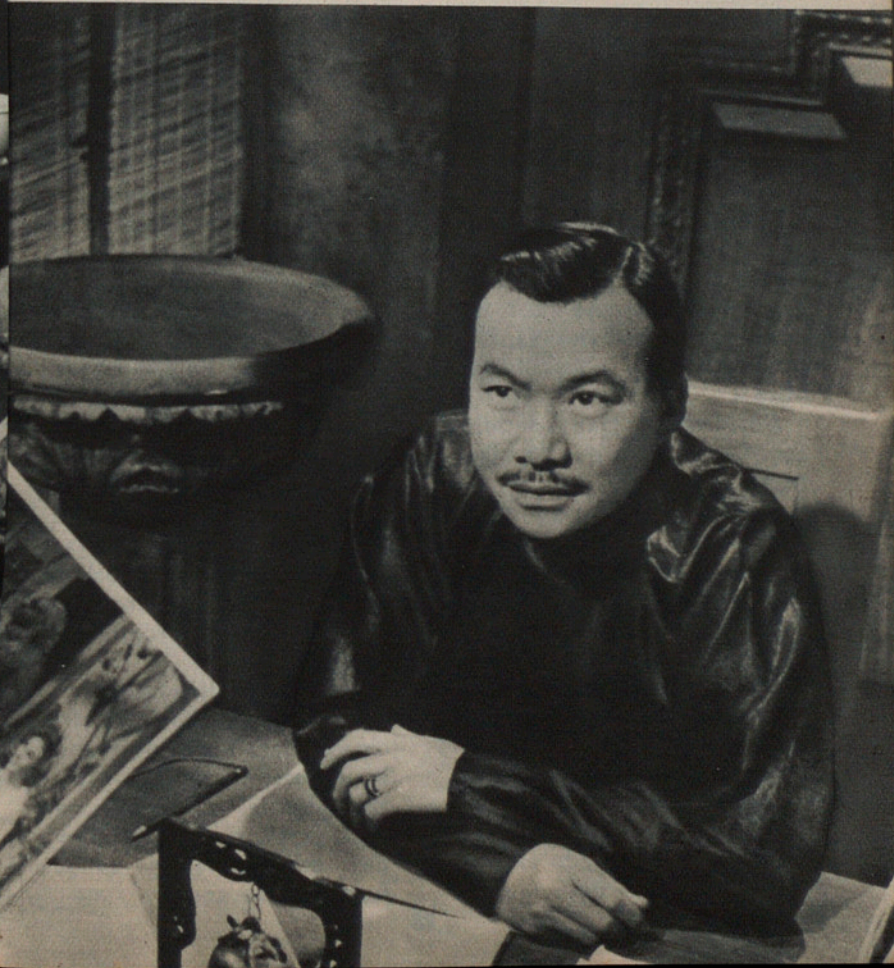




—Bah —exclamó Hank, pareciendo que se movía algo violento—. Billy es un caso especial. Lo encontré abandonado en mi puerta. No iba a dejarle allí. La niña es la hija de un compañero mío de Bangkok. El de los Estados

Unidos es de Manila. Llegó a encariñarse mucho conmigo. Vagaba por las calles al terminar la guerra. Me perseguía diciendo: «No tengo mamá ni papá». Y averigüé que era verdad. ¿Qué podía hacer?

—¿Tiene el propósito de re-



... LE MOSTRARON UNA FOTO ...

coger más chiquillos? —preguntó Jane, muy divertida, y comprendiendo al mismo tiempo que aquel hombre era, en el fondo, bueno.

—Me llena de confusión su pregunta —dijo Hank—. Mi voz no es la más adecuada para canciones de cuna.

Jane rompió a reír suavemente, sin poderlo evitar.

—¿Sabe lo que me maravilla? —comentó Hank, verdaderamente admirado—. Está usted sufriendo y aún puede reír. No es como las demás.

Hablaron mucho. Jane supo que poseía la mayor flota de juncos de la costa. Juncos de carga, naturalmente. Los de pesca no interesaban a Hank... pues producían pocos beneficios.

Finalmente, Jane decidió abordar el tema que le interesaba.

—Señor Lee, tengo siete mil dólares. Suyos son en el momento en que Luis cruce la frontera.

—No tiene usted por qué dármeles —dijo Hank.

—Bah, no es dinero mío —informó Jane—. Es de una suscripción organizada por sus amigos.

—¿Qué clase de hombre es para tener tantos amigos? —preguntó extrañado él.

—El mejor del mundo

—contestó muy serio Jane.

—Bien... siete mil dólares no son nada para mí.

—¿Y a Fernando Rocha o Tweedie, podría interesarles?

Hank se dio cuenta de lo desamparada que se encontraba aquella mujer, y más si osaba tratar con sujetos como los que acababa de citar.

—Señora —dijo, mirándola fijamente—. Necesita protección.

De pronto, miró al exterior, a través de las amplias hojas abiertas de un mirador.

—Rita está a punto de llegar —anunció.

—Si espera usted a alguien —indicó Jane, levantándose—, tal vez sea mejor...

—No, no, no... quédese. Contemplaremos su entrada.

—Su amiga debe ser muy interesante.

—No es exactamente una amiga mía —dijo Hank—. Es mala para los juncos. Venga... se ve mejor desde el balcón.

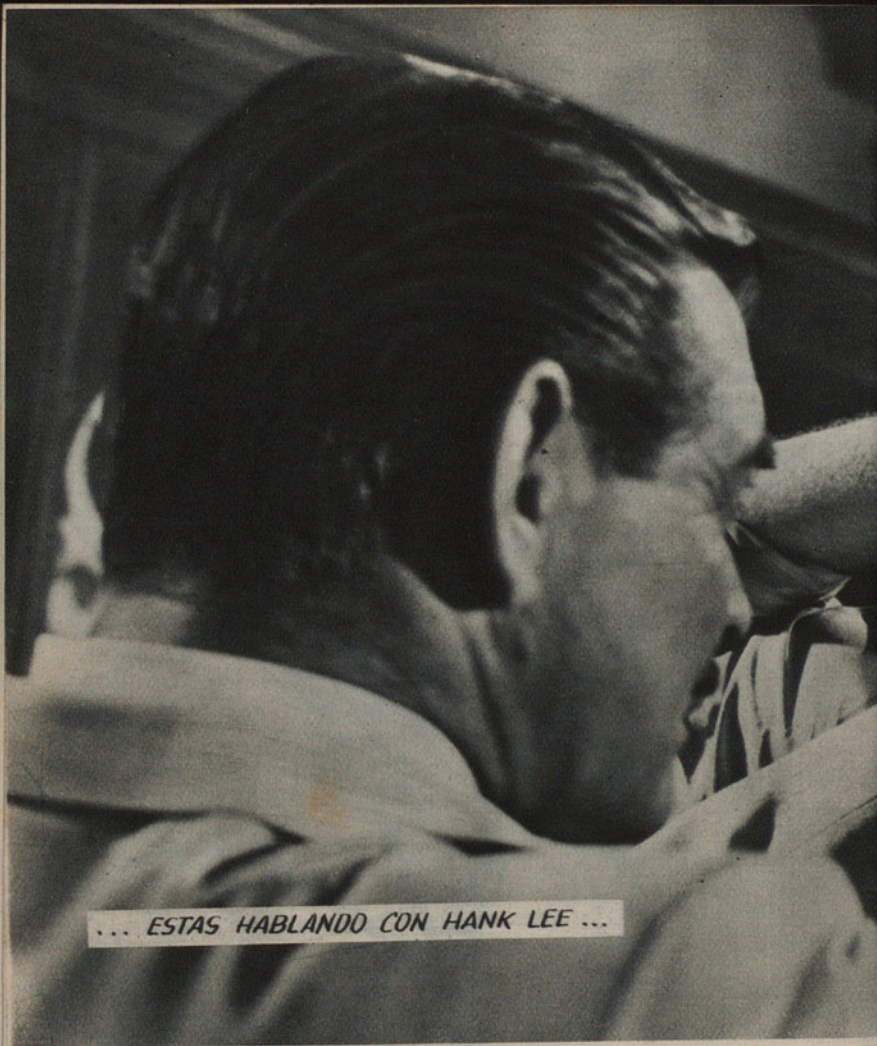
Hacia él se dirigieron. Un terrible tifón se aproximaba a la costa.

—Rita —explicó Hank.

Rita era... el tifón. Les ofreció una magnífica demostración de lo que son capaces las fuerzas naturales desencadenadas. Pero Jane no tenía el ánimo para espectáculos, ni aunque fueran como aquel.



... NO OIGO NADA DE LO QUE DICE ...



... ESTAS HABLANDO CON HANK LEE ...

—¿Va usted a ayudarme?
—preguntó a Hank.

—¿Por qué razón? —exclamó éste—. ¿Qué gano con arriesgar la vida por salvar la de su marido?



—He debido figurármelo —susurró Jane, viendo que sus ilusiones se derrumbaban—. Esta noche, durante unos momentos, creí haber conocido a un hombre... uno de esos hom-

bres en quienes se confía. Pero me he equivocado. Es usted un fante; un vano y vulgar fante. Se disfraza de audaz aventurero, pero para mí, amigo, es usted un ganster,

Jane Hoyt estaba verdaderamente furiosa. Hank la escuchó con su eterna sonrisa cínica en su semblante, aunque también admirado de su valentía. Pero, por el momento,

no entraba en sus planes el ayudar a la esposa del desconocido Luis Hoyt. Cuando Jane dió la vuelta y se dirigió a la salida, le deseó:

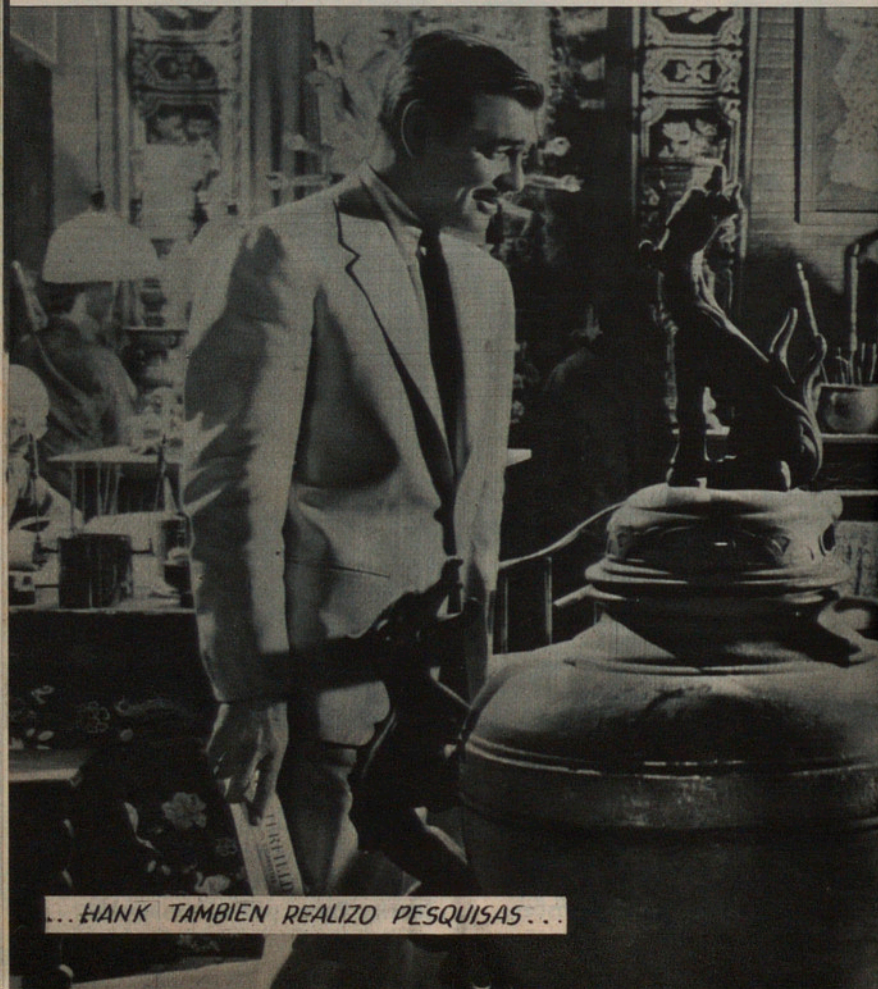
—Buena suerte.

En aquellos momentos, en

el bar de Tweedie tenía lugar una escena bastante corriente en el lugar: tres hombres estaban empeñados en movida batalla, en la que sus puños jugaban principal papel. Uno de ellos era René, que aca-

baba de despertar de su borrachera, y los otros dos soldados australianos, también muy repletos de cerveza. Su desenlace no interesa mayormente, y solo la citamos porque sirvió para amenizar una

singular boda que allí mismo se celebró. Un hombre, lcky, advirtió de pronto, que se había enamorado de Dupree, una mujer que acababa de comer en el bar. Dupree no era joven, pero lcky tampoco.



... HANK TAMBIEN REALIZO PESQUISAS...

Se conocían de hace tiempo, aunque se puede asegurar que él la había descubierto entonces. Jamás se vió noviazgo más rápido. Un auténtico juez los casó. El órgano fué el coro de voces aguardentosas de los clientes presentes en aquel momento. La única nota sentimental —aparte los latidos del corazón de Icke— la ofrecieron los quejidos lastimeros de los tres hombres que se aporreaban...

Jane se aprestó a seguir luchando sola. Durante varios días, intentó averiguar algo, buscando aquí y allá, hablando con sospechosos sujetos y visitando desagradables lugares. Sus esfuerzos resultaron baldíos. Nadie podía o quería hablar de Luis Hoyt. Derrotada, desesperada, optó por acudir de nuevo a Hank, por mucho que le repugnara. Acababa de convencerse de que él era el único que podría hacer algo por ella.

Esta vez, el violento Lee se mostró todo un caballero. El secreto del cambio fué... que se había enamorado de Jane.

—Me gusta su audacia —sonrió Hank, al verla.

—He estado en varias partes —explicó la abatida Jane—. En todos los sitios que él pudo visitar, intentando conseguir informes. Tenía la esperanza...

Hank cortó el triste discurso.

—Tranquilícese. Existe un lugar llamado el Pavo Real. Sirven la mejor comida de Hong-Kong. La auténtica. ¿La ha probado?

—No.

—¿La probará conmigo?

—Sí.

Hank Lee sonrió nuevamente.

—Me encanta su modo de tomar decisiones —declaró.

Mientras se dirigían a pie al mencionado establecimiento —a un paso excesivamente rápido para ella—, Hank preguntó:

—¿Por qué no intentó impedir que su marido hiciera el viaje a China? ¿Fué un error por su parte o por la de él?

—Jamás le he impedido hacer lo que le viniera en gana —explicó Jane, respirando agitadamente, tratando de no quedar rezagada—. Me casé con él por lo que era, no por lo que yo quería que llegara a ser.

—Se diría que necesitaba buenos consejos.

—Si yo hubiese tratado de aconsejarle —prosiguió Jane— algún tiempo después habría sido otro hombre... y luego distinto... hasta que al fin yo habría moldeado una persona a quien no podría reconocer...



... JANE DEJO UN RECADO A HANK ...



ni volver a su ser primitivo.

Para consuelo de Jane, llegaron a su destino.

—Este es el Pavo Real —informó Hank—. Espero que se le haya abierto el apetito.

—Claro —suspiró ella—. Pasear con usted es una especie de aperitivo.

Se acomodaron en el interior, comieron suculenta-

mente y en la sobremesa que siguió Hank refirió a su compañera de mesa toda su historia. Al concluir, agregó:

—Y esa ha sido mi vida. Oficialmente, he muerto. La Marina se alegró de librarse de mí. Golpeé a un oficial el mismo día que se rindió el Japón.

—¿Quién llevaba la razón?

—preguntó interesada Jane.

—La razón se pierde al pegar a un oficial.

Miró a Jane y prosiguió:

—Borre esa expresión de superioridad que cubre su cara. No la favorece. Está Vd. a mi lado porque cree que puedo salvar a su marido, que es como salvarse a sí misma. Está bien, lo intentaré. Deseo que su marido salga cuanto antes de China...

Su mirada se clavó en la de ella al asegurar con grave acento:

—Me gustaría verle aquí sentado, así él podría luchar por usted. No se pelear con un fantasma... ¿Qué, está todo claro?

Jane había comprendido la naturaleza de los sentimientos del rudo Hank Lee.

—Muy claro —dijo.

—Bien, ahora que lo sabe, dejemos las cosas así, hasta que vea lo que puedo hacer por su marido.

Lejos de allí, en una desconocida ciudad de China, Luis Hoyt, esposo de Jane, se consumía de impaciencia en una lóbrega prisión. En aquel momento, sus captores le estaban sometiendo a un nuevo y monótono interrogatorio...

—¿Ha leído las nuevas libretas que le envié?—le preguntó el oficial chino.

—No tenía otra cosa que hacer, —le contestó Luis—. ¿Quién escribe esas tonterías? ¿Un autor de folletines?

—¿Qué le parecieron?

—Prefiero revistas cómicas.

—Muy americano —sonrió desagradablemente el oficial—. Usted y su pueblo ignoran que el levantar una nueva nación no es cosa de broma.

—Las naciones caen cuando pierden el sentido del humor —opinó Luis.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo. Es una improvisación.

El chino hizo una pausa. Luego dijo:

—Es usted muy interesante, Hoyt. ¿Puede contestarme a una pregunta?

—Eso depende.

—¿Qué le pasaría a un chino que entrara ilegalmente en su país y fotografiara las instalaciones militares?

Luis Hoyt repitió lo que venía asegurando desde que le apresaron.

—Yo no hice fotografías militares. Vine aquí a hacer una información para una revista.

—Si me cuenta su historia —dijo el oficial—, haré lo que pueda para arreglar su regreso a Hong-Kong.

—Se la he contado, sin omitir nada, más de cien veces —protestó airadamente

Luis—. Todo fué idea mía.

—Le aconsejo piense en su mujer —dijo el chino—. Necesitábamos saber el verdadero motivo de su viaje a China.

—Nunca dejé de pensar en ella —aseguró Hoyt.

—Se llama Jane.

—No, Matilde —mintió el americano.

—Su Jane es una mujer muy atractiva —prosiguió el oficial, sin prestarle atención—. ¿Dónde estará esta noche?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Hoyt.

—Está en Hong-Kong, con un hombre llamado Hank Lee.

Sonriendo triunfalmente, el chino entregó al prisionero una fotografía de Jane y Hank, que un espía había conseguido mientras comían en el Pavo Real.

—Se dará cuenta de que la señora Hoyt no está muy desconsolada con su ausencia, —dijo el chino—. Creo que no tardará en olvidarle a Vd.

Luis Hoyt alzó la mirada, retador.

—La acústica de esta habitación es mala —indicó, sin demostrar inquietud—. No oigo nada de lo que dice.

El chino volvió a sonreír.

—Muy bien. Tenemos mucho tiempo. Ya sabe que los chinos somos famosos por su

paciencia. Confío en que no necesitará muchos años para mejorar de sus oídos.

La puerta de la celda se cerró poco después tras las espaldas del atormentado Luis.

Mientras tanto, en Hong-Kong, Hank Lee había empezado a realizar investigaciones según prometiera a Jane. Comenzó por el bar de Tweedie...

—¿Conoces a un hombre llamado Hoyt? —le preguntó al dueño.

—Ese nombre me suena mucho —contestó evasivamente Tweedie.

—Lo creo. Dijiste a su mujer que había muerto.

Al rostro de Hank asomaba su fiereza de hombre de acciones violentas. Tweedie empezó a temer su reacción.

—Tuve lástima de ella —explicó éste.

—Jamás tuviste lástima de ninguna mujer.

—¿Por qué tanto interés, Hank? ¿Es un amigo tuyo ese hombre?

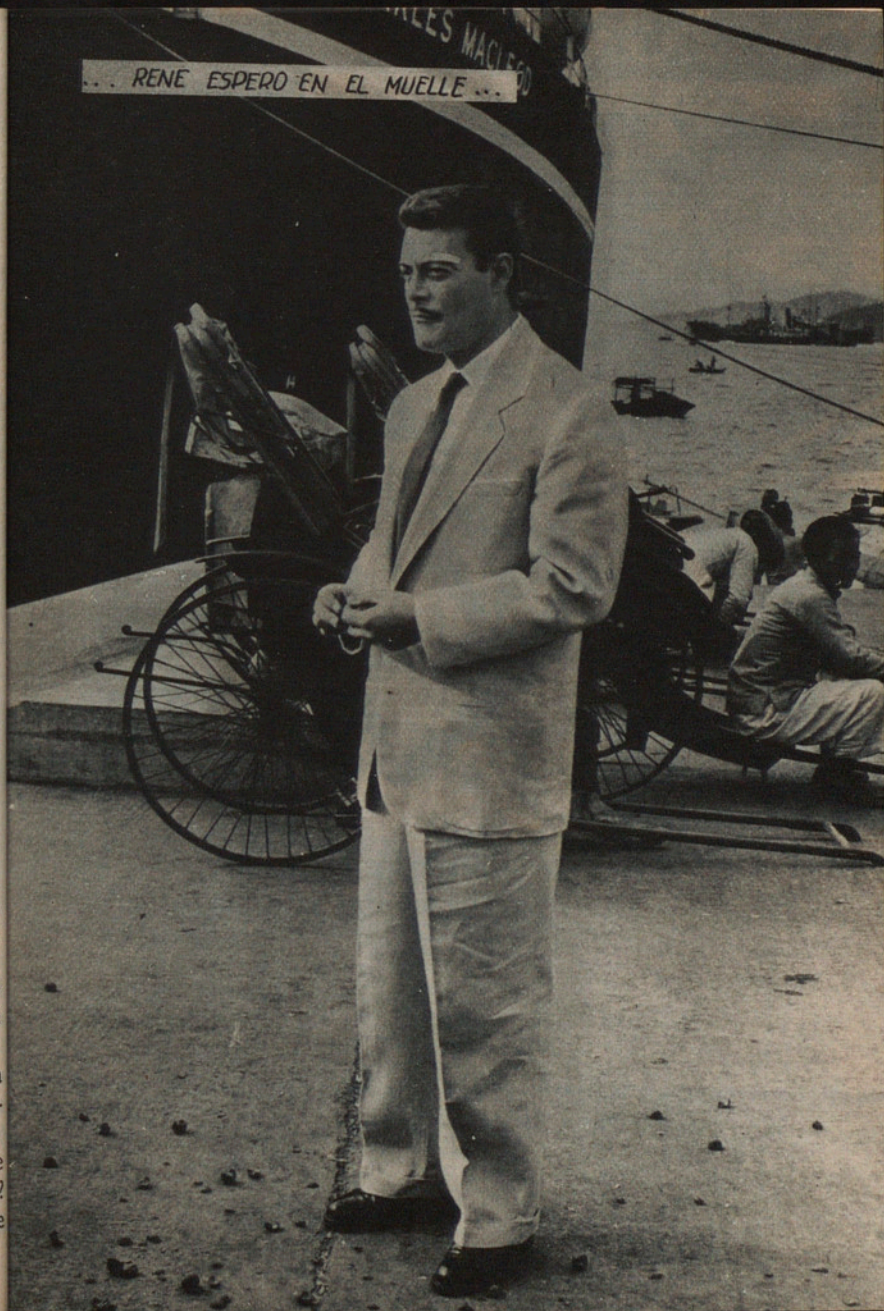
—Sí. Y te aseguro que será mejor para todos que esté vivo.

—Pero yo no tengo nada que ver con ese Hoyt —insistió Tweedie.

—Entonces, ¿por qué dijiste a su mujer que había muerto?

—Aquí se oye toda clase de

... RENE ESPERO EN EL MUELLE ...



... EL INSPECTOR REALIZO UN REGISTRO ...



informes. Esto es un establecimiento público. Unos vienen y otros van. Tengo oídos.

Hank, furioso, agarró de las orejas al hombre; sabía que estaba mintiendo. Sus manos se cerraron dolorosamente sobre los cartílagos. Tweedie gimió.

—Escucha. Estás hablando con Hank Lee —le recordó.

—¡Suéltame! —le suplicó Tweedie.

—Dime quién te lo dijo, o te utilizo como cachiporra y deshago el establecimiento.

—De acuerdo... pero suéltame, Hank.

Este aflojó las tenazas de sus manos y Tweedie suspiró aliviado y se frotó sus doloridas orejas.

—¿Cuánto te pagó Hoyt? —preguntó Hank.

—Quinientos dólares.

—¿Con quién le embarcaste?

—Con Lim Chau-Wu—confesó Tweedie—. Es dueño de un junco.

—¿Le garantizaste la salida de China?

—¡No, no se la garanticé! Tal vez llegué a sugerirle que concretáramos un arreglo... más tarde. Pero estaba muy impaciente, Hank, muy impaciente.

—¿Quién te dijo que había muerto? —apremió Hank.

—Lim Chau-Wu.

—¿Cómo sabes que no mentía?

—No lo sé.

—Averígualo. Si ha muerto, quiero pruebas de cómo ha sido. Si vive, quiero saber donde está. ¿Entendido?

—¿Cómo puedo hacer todo eso? —preguntó el atribulado Tweedie.

—Hoy es martes —siguió Hank, implacable—. Teléfonoéame el jueves a las nueve. De lo contrario, prepara lo necesario para tu entierro.

Hank se dirigió hacia la salida.

—Esto va a costar muchísimo dinero —indicó Tweedie.

—Gasta los dólares que le robaste a Hoyt, —dijo Hank.

De allí, fué directamente a visitar a otra de sus amistades, una simpática y anciana vieja china llamada Dak Lai.

—Estuve rezando por ti, —dijo a Hank, al verle entrar. Su visita era siempre agradable.—¿Dónde te has metido?

—Contando mi fortuna, —sonrió Hank—. Necesito unos informes. He de encontrar a un hombre en China... un americano. Puede haber muerto.

—Entonces le encontraremos, porque no se podrá mover —opinó con una sonrisa Dak Lai.

—No es tan fácil. Ha sido hecho prisionero.

—¿Es tu amigo? —quiso saber la anciana.

—No. Es el marido de... una mujer—confesó Hank.—Y agregó: Una mujer excepcional.

—Hace tiempo que necesitas tu una —le aconsejó Dak

—Se llama Hoyt. Es un fotógrafo. Cruzó la frontera hacia el mes de junio, en Mayo según nuestro calendario. Es todo cuanto sé, excepto que le creo un insensato.

Dak Lai le contempló en silencio unos momentos.

—Pero si quieres a la mujer, ¿para qué buscas al marido? —le preguntó.

—Tengo que hacerlo. ¿Cuándo podrás darme noticias?

—Concédeme cinco días.

—Eso es demasiado —aseguró Hank.

—Entonces tres días.

—Está mejor —sonrió Hank Lee, y la anciana le devolvió la sonrisa.

Aquel mismo día, Jane se encontró con René, a quien preguntó:

—¿Recuerda haberme hablado de alguien llamado Rocha?

—¿Yo? —exclamó el francés.

—Sí... dijo usted que no sabía dónde vivía.





...¿DONDE ESTA LA SEÑORA HOYT?...

—Me extraña... porque lo sé. Vive en Macao.

—Gracias —dijo Jane.

Encargó el pasaje en el próximo barco que salía para la citada ciudad, dejando un recado para Hank. Un antiguo general del ejército chino, refugiado en Hong-Kong, llama-

do Po-Lin, se ofreció a Jane como guía, y ella aceptó. El soldado necesitaba algo de dinero urgentemente; era un refugiado sin recursos; sabía a lo que se exponía abandonando Hong-Kong, pero necesitaba llenar su plato de arroz para seguir viviendo.

En plena travesía, el barco fué detenido por los soldados comunistas. Un grupo de éstos subió a bordo, procedentes de una lancha rápida. Pronto localizaron a quien buscaban: a Po-Lin. Este, cuando se lo llevaban, miró a Jane y le dijo: —Diviértase en Macao, se-

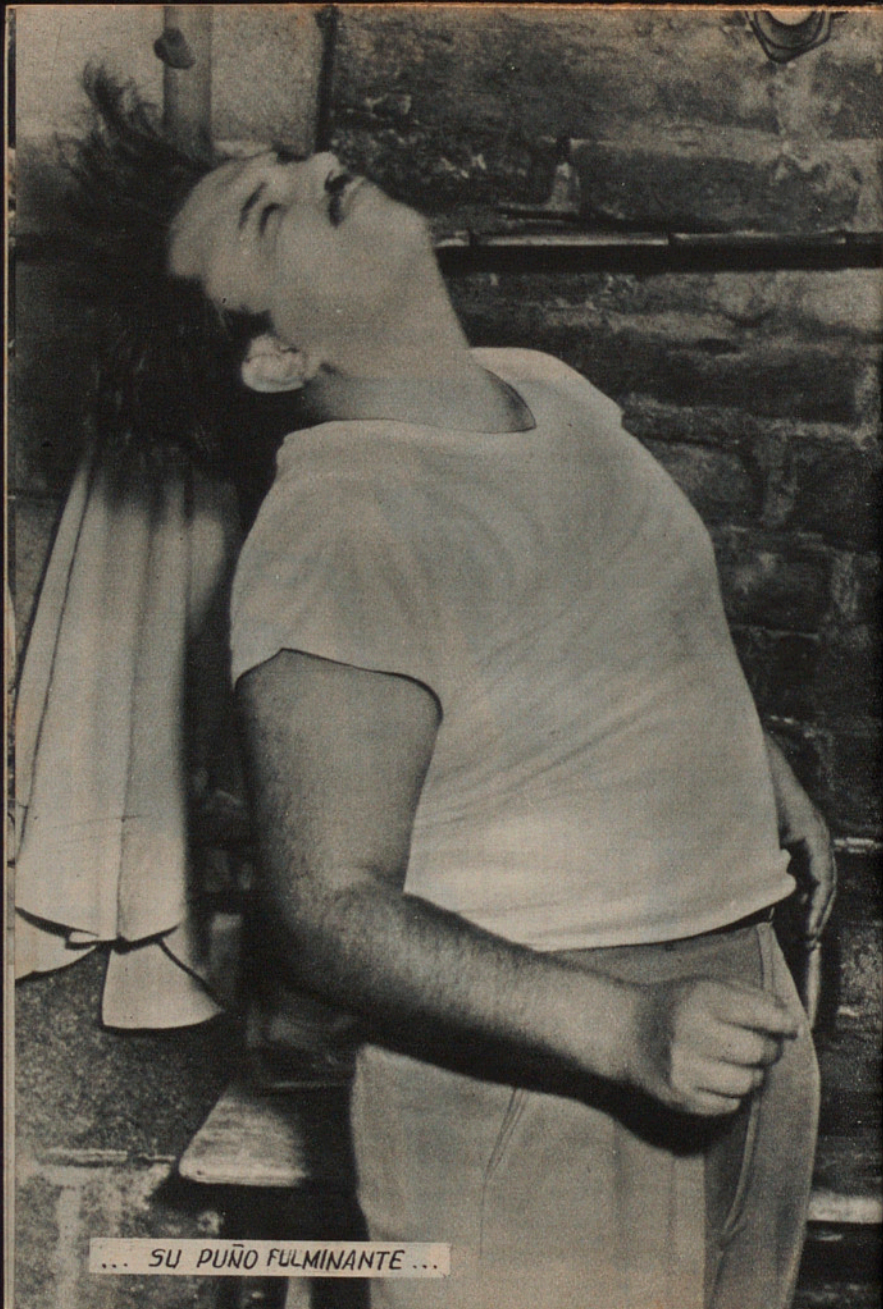
ñora. No olvide a su amigo Po-Lin y no crea que todos los chinos son bárbaros.

—Nunca se sabrá lo que habrá sido de ese hombre —oyó Jane que decía un viajero a su lado.

En Macao, Rocha la recibió amablemente.



... HANK DETUVO SU GOLPE ...



... SU PUÑO FULMINANTE ...

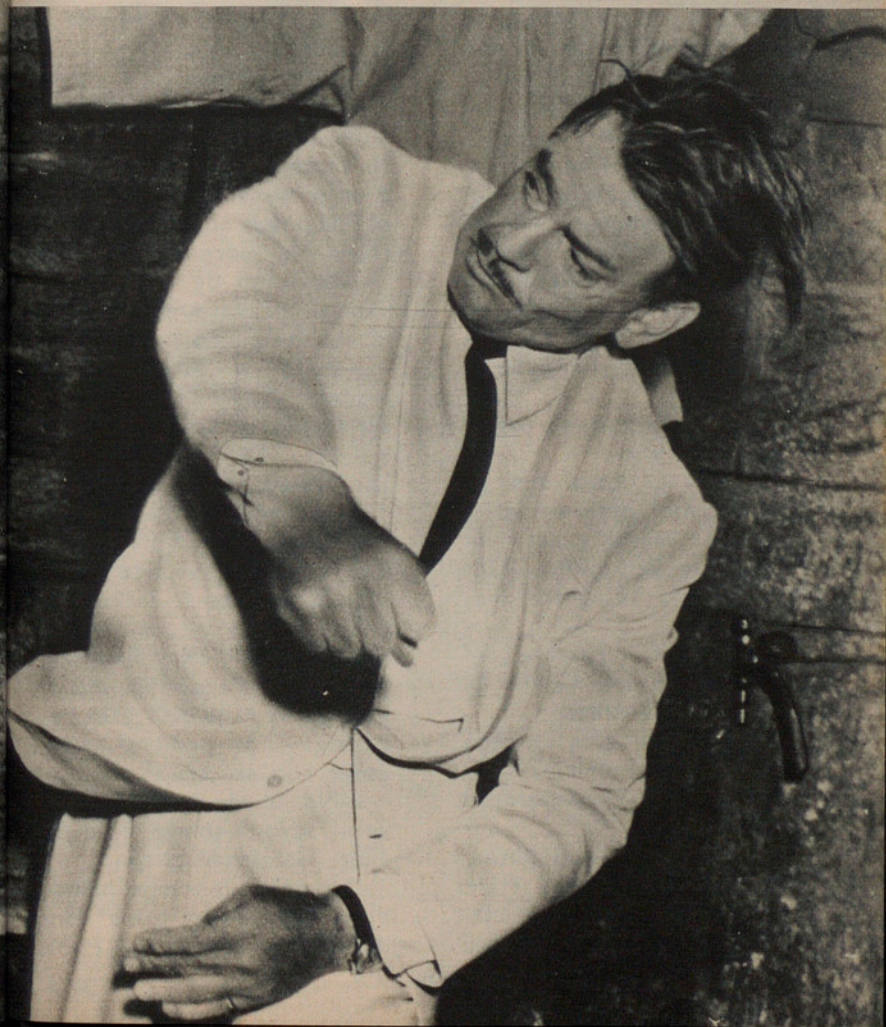
—Soy la esposa de Luis Hoyt
—anunció Jane, en cuanto le
hubo ofrecido asiento.— Estoy
tratando de averiguar dónde
se halla mi marido.

—No es tan difícil —dijo

Rocha—. Está en Cantón.

—¿En Cantón? Pues no pa-
rece darle importancia. Como
si no le tuvieran prisionero.

—Invitado por el Gobierno,
es más correcto —sonrió Ro-



cha—. Claro que se vigilan un poco sus movimientos, pero si sus amigos desean verle libre no sería difícil conseguirlo.

Jane supuso que todo ello era demasiado sencillo.

—Escuche, señor Rocha —le advirtió—. Dos gobiernos lo han intentado inútilmente durante tres meses.

La sonrisa de Rocha se amplió.

—Con métodos tan honrados como ingenuos —declaró—. Actualmente sólo es necesario arreglar la transferencia de una suma de dinero a las autoridades competentes. Podría ser el pago de una multa por cruce ilegal de la frontera.

—¿Qué hay que pagar? —preguntó Jane.

—Si es su deseo que yo actúe como intermediario, tendré el mayor placer en encargarme del asunto. Luis es amigo mío. Le aprecio muchísimo.

Jane miró al hombre del que sospechó era diestro en intrigas y fingimientos.

—Suponga que le entrego un cheque de quinientos dólares. ¿Cuándo comenzará su trabajo?

—En seguida —dijo Rocha, animada su mirada—. Haré algunas llamadas telefónicas. Si quiere esperar aquí, es

posible que pueda darle una buena noticia dentro de una hora.

En un extraño dialecto, dió una orden a su mujer china, la cual acompañó a Jane a una habitación. Rocha había ordenado que encerrara en ella a la americana bajo llave.

En Hong-Kong, las investigaciones de Hank Lee parecían dar resultado. Dak-Lai, su anciana amiga, le presentó a un misionero, el P. Xavier, el cual poseía noticias de Hoyt. Hank y el Padre se saludaron.

—La mano de un pecador —dijo el primero, estrechando la del misionero.

—Estoy ya acostumbrado, —sonrió éste—. Va a ser muy arriesgado poner en libertad a Hoyt. ¿Es tan importante para usted?

—Sí y no. ¿Dónde está?

—En Cantón. Nuestra Misión estaba emplazada en la segunda puerta de la antigua ciudad. Ahora es una prisión.

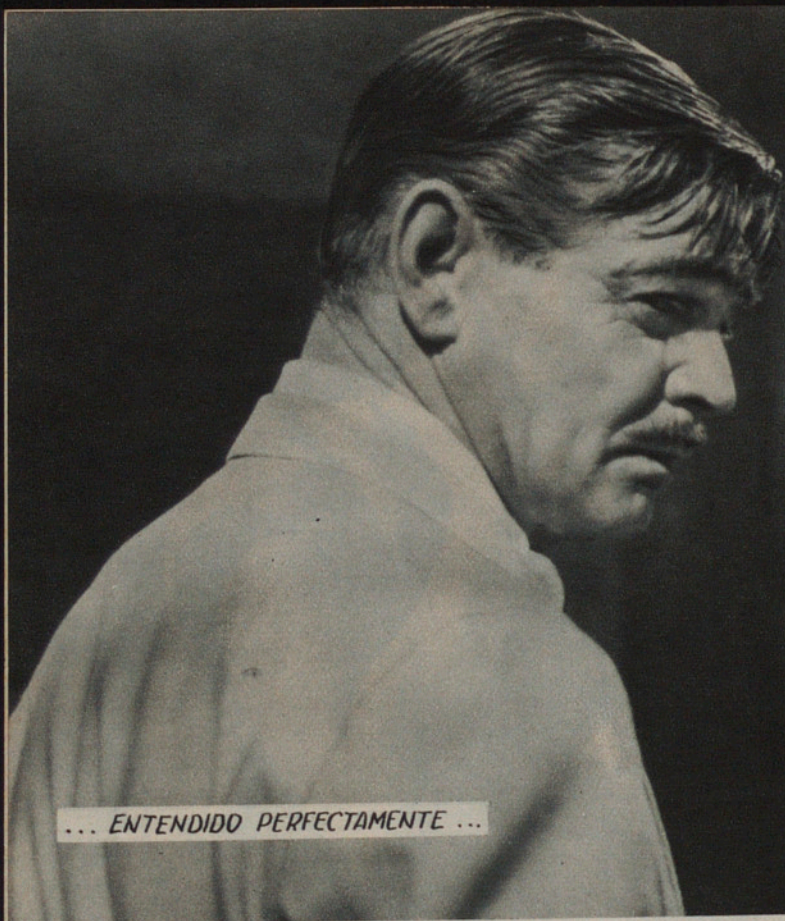
—Gracias —dijo Hank. Y prosiguió, cuando el misionero abrió la puerta para retirarse:— Si pudiera interceder con su jefe...

—No olvide que también es el suyo —sonrió el buen Padre, señalando al cielo.

Dak Lai, que, como hemos dicho, era quien había conducido al misionero ante Hank



... LA MUJER DE ROCHA
MIRABA ASUSTADA ...



... ENTENDIDO PERFECTAMENTE ...

y había asistido a la entrevista, advirtió a su amigo:

—Piénsalo bien. Si dejas a ese hombre en Cantón, la mujer puede ser tuya.

—No como yo la quiero —dijo Hank, gravemente—. Eres muy inteligente. Puede que te compre una pagoda.

Inmediatamente, Hank Lee

empezó a preparar el viaje a Cantón. Disponía de una magnífica embarcación, el junco llamado «Chicago», muy apropiada para quella empresa. En plena tarea, le llamaron al teléfono. Era Tweedie.

—Hola, Hank... No he podido averiguar nada del capitán del junco, pero hallé un



informe que te interesará mucho. René Chevalerie tiene un amigo que llegó anoche en el barco de Macao. Ese amigo estaba anoche en la mesa de ruleta de Macao, aunque sin pasarlo tan bien como un sujeto llamado Rocha, que se jugaba el dinero como si fuera arroz. El amigo de René se

fijó en la firma de un cheque que cobró: Estaba firmado por Jane Hoyt. ¿Qué tal mis informes, Hank? —concluyó Tweedie, conciliador.

—Díle a René que me espere en el embarcadero dentro de media hora —ordenóle Hank.

El «Chicago» estaba listo



... REGRESARON AL JUNCO ...

para zarpar. Hank pasó en coche por el muelle para recoger a René.

—¿Es viaje de ida o de ida y vuelta? —quiso saber el francés.

—¿Desde cuando tienes algo que perder? —le espetó Hank.

Inesperadamente, hizo aparición el inspector Merryweather. Hank se dispuso a salir del atolladero de cualquier modo. Su viaje era clandestino... y su barco iba armado.

Merryweather descubrió en la bodega del «Chicago» un cañón.

—Lamento tener que poner este junco bajo custodia —declaró.

Sonriendo, Hank le invitó a tomar unos vasos de vino y, mientras conversaban, —pues, en realidad, ambos hombres se apreciaban hasta cierto punto—, la embarcación se hizo a la mar.

—Este junco navega —exclamó Merryweather,

—Tome una postura cómoda —le aconsejó Hank, cínicamente.

—Le ordeno que pare este barco —dijo el inspector.

—Aquí soy yo el que manda —recordóle Hank.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo? Retiene a un oficial de la Corona contra su voluntad.

—No se cómo expresarle lo que me alegra tenerle a bordo unos días, inspector. En cuanto salgamos del puerto póngase cómodo. Considérese invitado a un crucero en yate.

Merryweather no tuvo más remedio que conformarse, por mucho que le molestara considerarse prisionero de aquel aventurero. Por su parte Hank, en cuanto llegó el «Chicago» a Macao, desembarcó acompañado de René y se dirigió a casa de Rocha.

—¿Dónde está la señora Hoyt? —le preguntó Hank, clavando en él su dura mirada.

—No sé quién es —mintió Rocha.

—Cobraste un cheque con su firma la noche pasada.

—No fui yo...

La mujer de Rocha, temiendo la furia de Hank Lee, intervino.

—Está en mi cuarto —confesó.

Hank avanzó hacia Rocha, con los ojos llameantes. No soportaba a los mentirosos... especialmente si le mentían a él.

Rocha intentó defenderse con su navaja de afeitar, pero Hank detuvo su golpe y su puño fulminante cayó con fuerza sobre el rostro y el estómago de su enemigo, quien momentos después se

derrumbaba como un fardo sobre una tina de agua.

Seguidamente, se volvió a René, que había contemplado la escena algo impresionado.

—Espera ahí fuera —le dijo Hank—. Quiero que lleves a

la señora Hoyt al barco de Hong-Kong. Toma el mejor camarote. Y ya sabes lo que te pasará si no la proteges como si fuera un diamante. Y no bebas.

René miró significativamen-

te al hombre caído sobre la tina, que había despertado las iras de Hank.

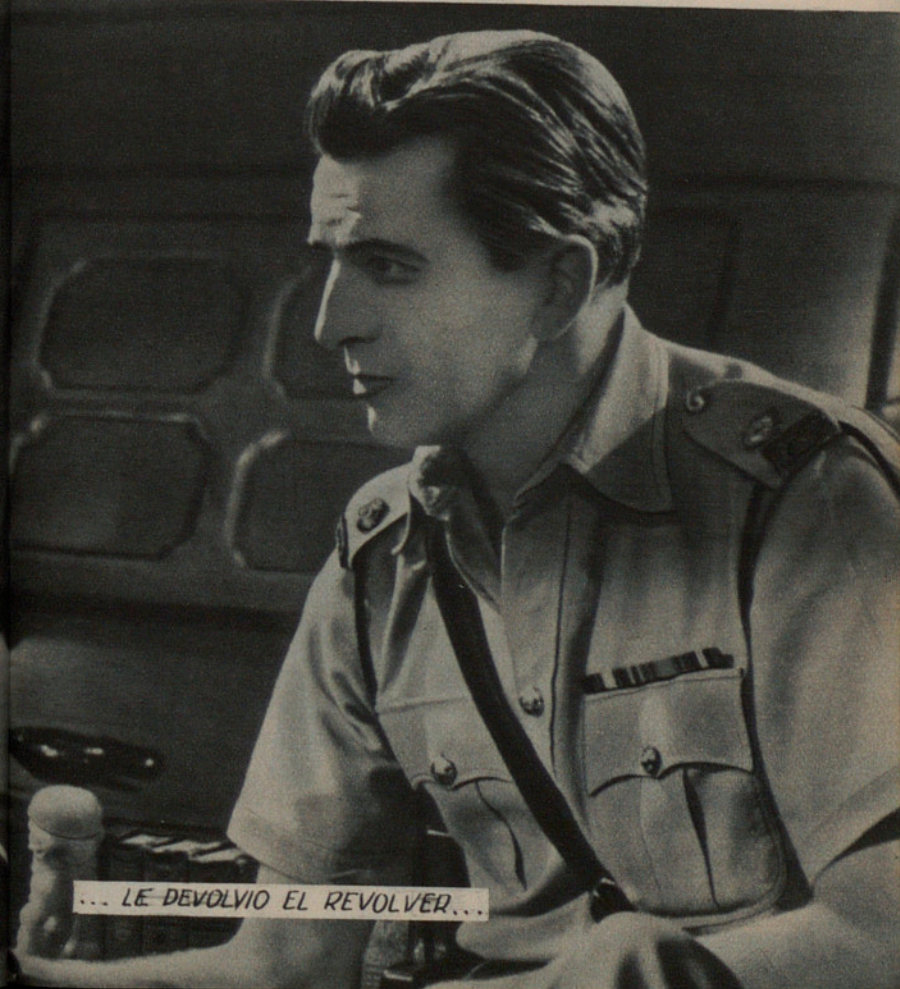
—Entendido perfectamente —aseguró.

Hank se apartó de él y se dirigió a la habitación en la

que se hallaba encerrada Jane. La encontró dormida sobre un catre.

—Jane... Jane... —llamó suavemente—. Soy yo, Hank.

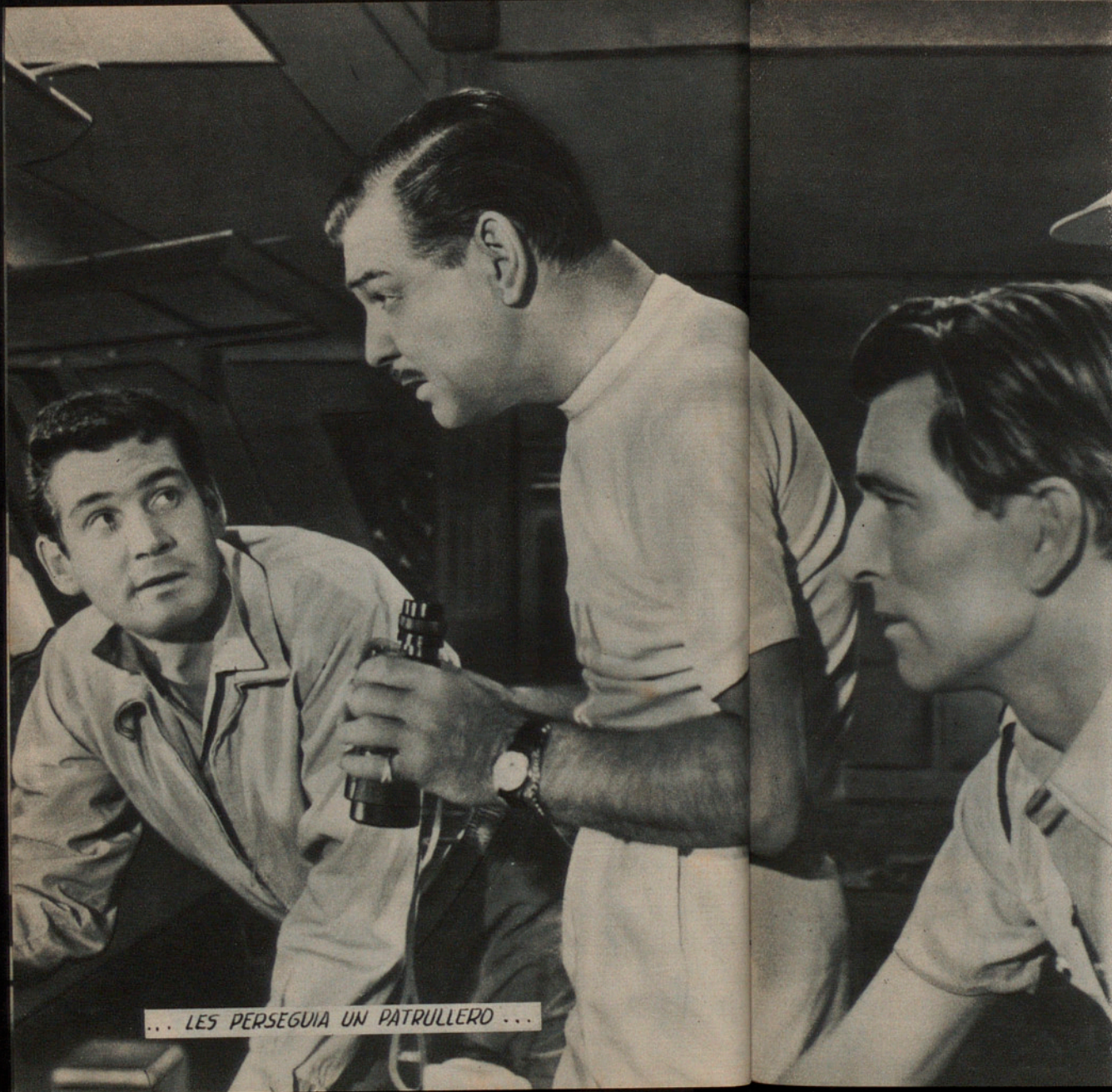
Ella abrió los ojos y sonrió aliviada.





... MANIOBRARON HABILMENTE ...





... LES PERSEGUIA UN PATRULLERO ...

—¿Por qué vino a un sitio semejante sin mí? ¿Se encuentra bien?

Pero ella sólo dijo:

—Sáqueme de aquí.

—Hay tantos sitios donde quisiera llevarla —murmuró Hank, con acento perdido.

—¿Dónde? —preguntó Jane.

—Muy lejos. A otro país, donde ya no corriera ningún peligro.

Jane le miró agradecida.

—Soñaba con Luis y con usted —confesó—. Le había salvado.

—Esperemos que llegue a ser verdad.

—Si no lo consiguiera, el recuerdo de Luis me perseguiría y toda mi vida sería un terrible martirio.

Se miraron expresivamente. Sus ojos dijeron lo que sus labios no se atrevieron a pronunciar. Pero Hank se sobrepuso y suspiró resignado.

—Creo que tiene razón —admitió—. Venga, salgamos de aquí.

Abandonaron la habitación. Antes de que René se marchara con Jane, Hank preguntó aún:

—Si le devuelvo a Luis sano y salvo, ¿se irá a los Estados Unidos con él?

—Luis es mi marido —dijo ella—. Y supongo que usted ya sabe lo que representa la

fe jurada en el matrimonio.

—No, no lo sabía —confesó sinceramente Hank. Y agregó gravemente:— Verá...

toda mi vida he buscado una persona como usted, alguien en quien poder confiar. Ya empezaba a pensar que no

existía. No creí encontrarla a tan dura costa. Gracias por su amistad.

Jane, con René, se dirigió

al barco de Hong-Kong y Hank volvió de nuevo al «Chicago», que se hizo en seguida a la mar.



... LUIS FUE HERIDO ...



—¿Tiene muchos deseos de sacar a su amigo Hoyt de la cárcel? —preguntó Merryweather a Hank, con una sonrisa.

—¿Cómo sabe que se llama Hoyt? —preguntó Hank, sorprendido.

—La policía sabe muchas cosas... Una mujer muy guapa.

Hank se volvió.

—¿De qué se ríe? —quiso saber.

—De su cara —confesó el inspector, mirándole significativamente—. Así, que voy en la expedición.

—No puede evitarlo —dijo Hank.

—Tendré que dimitir a mi regreso —declaró Merryweather—. Aunque a mí, personalmente, me gustan las aventuras.

Una vez llegados a las costas de Cantón, Hank desembarcó con algunos tripulantes y, en un camión dispuesto para tal aventura, se dirigió a la prisión donde se hallaba encerrado Hoyt. Era de noche. Consiguieron reducir a los centinelas y llegar hasta la celda sin ser descubiertos...

—¿Es usted Hoyt? —susurró Hank.

—El mismo —contestó el aludido.

—Métase ahí.

Una vez todos en el ca-

mión, tomaron el camino de la costa, llegando sin novedad al «Chicago». En plena navegación, Luis se dirigió a Hank en estos términos:

—¿Por qué ha venido a salvarme?

—Me he estado haciendo la misma pregunta —dijo Merryweather.

—Todo se lo debe a su mujer —aclaró Hank.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber Hoyt.

—Sí, está bien.

—No se jugaría la vida por salvar a un desconocido —siguió diciendo Hoyt—. Debe estar muy enamorado de Jane. ¿Supone que ella le corresponde?

—Pregúnteselo —respondió Hank secamente.

—Creo que no será necesario —concluyó Luis Hoyt, comprendiéndolo todo.

De pronto apareció tras ellos una lancha cañonera de los chinos de Cantón. Hank y sus compañeros se batieron valerosamente. El cañón de la bodega entró en funciones, logrando mantener a raya al enemigo, que les hizo varios disparos, hiriendo a Hoyt. Cuando mayor era el peligro, se aproximó navegando a todo trapo la flotilla de juncos de Hank Lee. Los chinos viraron y el peligro desapareció. Con



... MAS SOLO QUE NUNCA ...

el camino libre, el «Chicago» navegó rumbo a Hong-Kong.

El encuentro de Jane y Luis fué emocionante. Hank los contempló con cierta tristeza, pues vió cómo se desvanecían sus últimas esperanzas sentimentales.

Cuando el matrimonio abandonó la ciudad para emprender una nueva vida, allí quedó Hank Lee, más solo que nunca, para seguir su azarosa vida de rey de los contrabandistas de Hong-Kong, rico, poderoso, temido... y desgraciado.

Fin

PROXIMAMENTE



**EL MUNDO ES DE
LAS MUJERES**

TITULOS PUBLICADOS

- 6
- 1 EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI
 - 2 ¿DONDE VAS ALFONSO XII
 - 3 SAYONARA
 - 4 PAPA PIERNAS LARGAS
 - 5 TU Y YO
 - 6 ANASTASIA
 - 7 EDDY DUCHIN
 - 8 DUELO DE TITANES
 - 9 LOS CARNETS DEL MAYOR THOMPSON
 - 10 EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS
 - 11 GIGANTE
 - 12 EL REY Y YO
 - 13 CITA EN HONG-KONG

EN PREPARACION

El mundo es de las mujeres
Viva las Vegas
Más allá de las lágrimas
Los puentes de Toko-Ri

Ana de Brooklyn
Atrapa a un ladrón
Bus Stop etc.

FOTOFILM DE BOLSILLO